

Nos hemos encontrado con Jesús

Testimonios

6

Camino, Verdad y Vid

La liturgia depara eso, poco o mucho, que confirma, que alimenta, que da seguridad ...

1. «Le digo al Señor que no lo hago por saber sino por vivir»

Mi alimento espiritual diario es la Palabra de Dios en la Eucaristía. Procupo prepararme de víspera. Le digo al Señor que no lo hago por saber sino por vivir. Hoy, 3 de junio de 2003, el Evangelio hablaba de la oración de Jesús al Padre por los Apóstoles. Me ha llamado la atención:

«Padre, glorifica a tu Hijo para que tu Hijo te glorifique». Esto lo voy repitiendo muchas veces, es lo que yo llamo alimentar, lo que me ha llamado la atención, o sea, el «asombro» y cómo aplicar a la situación de hoy, y mi oración es: Padre, da a conocer a tu Hijo, y también: Jesús, date a conocer.

Cuando tengo alguna preocupación voy a la Lectio divina de la Eucaristía buscando me ilumine, me ayude, y siempre hay una respuesta. A veces en la primera o segunda lectura, en el Salmo Responsorial... (parece que no te ha dicho nada), en la Liturgia de las Horas, y cuando más descuidada estoy viene la respuesta.

¿Qué provecho saco de todo? Soy la misma de siempre, con mis debilidad, mis tendencias, etc. No pierdo la paz, siento seguridad, busco lo positivo de todos los acontecimientos, en una palabra: vivo una riqueza.

Merece la pena ser constante en la lectura y la repetición del «asombro».

2. «...es la roca donde me apoyo y agarro para no ir construyendo la casa sobre arena....»

Desde hace varios años siento algo especial por el libro del Profeta Isaías. Principalmente porque es el libro de la Biblia donde veo más latente el N. Testamento y por lo tanto con más claridad dibujada la figura de Jesús. También es para mí el libro de la esperanza, de la confianza en Dios. En él se me revela claramente a Dios como Padre: «Tú, Señor, eres nuestro Padre, desde siempre te invocamos como nuestro libertador» (Is 63,16). «Con todo, Señor, tú eres nuestro Padre, nosotros somos la arcilla y tú el alfarero, somos todos obra de tus manos» (Is 64,7). Y también se me revela como Maestro: «Tu maestro no se esconderá ya, tus ojos verán a tu maestro. Se apiadará de ti al oír tu gemido, en cuanto te oiga te responderá» (Is 30,20-21). A partir de este texto me gusta relacionarme con el Señor como Maestro, porque el Maestro es el que educa el corazón y la mente y el que enseña a que su Palabra se convierta en un encuentro vital, y es entonces cuando esa Palabra me interpela, me ilumina o exhorta y donde aprendo a ver los acontecimientos de la vida bajo la mirada de Dios. Este texto de Isaías lo relaciono con el párrafo de la Santa Madre en Camino, donde dice que el Maestro está cerca, no hay que darle voces para que nos oiga.

En distintas circunstancias algunos textos del Profeta han sido claves para mí y me han ayudado y fortalecido. Enumero algunos: «MI SEÑOR ME AYUDA. MI DEFENSOR ESTÁ CERCA» (Is 50,7). A través del tiempo he tenido tantas experiencias con este texto, que lo tengo siempre resonando en los oídos, y me ayuda lo mismo en situaciones difíciles como en lo más ordinario de cada día. Este texto suelo relacionarlo con otro de san Pablo a los Romanos (8,30): «¿Quién nos separará del amor de Cristo?... ni muerte ni vida, ni criatura alguna...»

«MI DIOS ERA MI FUERZA» (Is 49). En esta expresión he encontrado un horizonte de confianza en momentos de sufrimientos o situaciones difíciles.

«EL SEÑOR CADA MAÑANA ME ESPABILA EL OÍDO, PARA QUE ESCUCHE COMO LOS DISCÍPULOS» Este texto lo he hecho programa de cuaresma y me ha servido mucho.

«CONSOLAD, CONSOLAD A MI PUEBLO, DICE VUESTRO DIOS» (Is 40,1). En este texto desde la primera vez que lo leí tengo un programa de trabajo a favor de la humanidad, desde mi puesto de carmelita.

En el libro de la consolación, (Is 40), tengo textos que me han ayudado mucho para vivir con una gran confianza en Dios. «No tema pues yo estoy contigo. No te inquietes, pues yo soy tu Dios. Yo te fortalezco y te ayudo y te sostengo con mi diestra victoriosa». (Is 41,10). «Aunque camine en tinieblas... que confíe en el nombre del Señor y se apoye en su Dios. (Is 50,10).

La Palabra de Dios para mí es la roca donde me apoyo y agarro para no ir construyendo la casa sobre arena. Y tengo experiencia de que es viva y eficaz y hace el efecto que cuando se pronunció. «Como la lluvia y la nieve caen del cielo y sólo vuelven allí después de empapar la tierra, de haberla fecundado y hecho germinar, así será la palabra que sale de mi boca, no volverá a mí de vacío» (Is 55,10-11).

Con la lectura diaria de los textos de la misa y de la liturgia de las horas, procuro que la Palabra de Dios entre a formar parte de mi vida y me siento empujada a caminar adelante porque lámpara es tu Palabra para mis pasos, luz en mi sendero.